

# Crisis de la Universidad, alianza de clases y pensamiento crítico en América Latina

[Revista del Centro de Estudios Educativos (México), vol. VI, núm. 2, 1976, pp. 115-126]

Guillermo Labarca  
Centro de Investigaciones  
Educativas (Argentina)

## La crisis universitaria

Llega a ser un lugar común decir hoy que la universidad está en crisis. Esta apreciación se viene haciendo hace más de una década, no sólo en América Latina, sino también en Europa y Estados Unidos. Parece haber consenso en el mundo académico, político y administrativo en las manifestaciones de la crisis y en que ésta no es soluble por meras medidas administrativas, reformas en la orientación de los currícula, pautas de admisión de estudiantes o mejoramiento de los niveles de la enseñanza.

Donde parece haber menos consenso es en el diagnóstico de las causas de la crisis y, en consecuencia, en las medidas a implementar para resolverlas. El fenómeno universitario se presenta complejo e intervienen numerosos factores de distinto orden en la dinámica de las instituciones de nivel superior.

Muchas veces se cae en la tentación de disolver la crisis universitaria latinoamericana en una crisis mundial de la educación superior; se atribuyen a la universidad latinoamericana las contradicciones detectadas en las universidades de Europa y Estados Unidos, dado que éstas presentan, con algunos años de anticipación, las mismas manifestaciones que vemos hoy en el continente latinoamericano. Manifestaciones que no necesariamente tienen que obedecer a las mismas causas. Por lo demás, cualquiera que sea el origen de la crisis hoy día en el mundo occidental, las manifestaciones de ésta tendrán apariencias similares.

Entre 1968 y 1970 se dio en toda Europa, América del Norte y Sur y algunos países asiáticos, una serie de movimientos estudiantiles con características similares: ocupación de escuelas, cuestionamiento de profesores y autoridades universitarias, acciones más o menos violentas, etcétera.

Con base sólo en esas manifestaciones similares, se podría afirmar que Mayo del 68 en Francia tiene la misma significación que la Reforma del mismo año iniciada en Chile o que los movimientos estudiantiles en Estados Unidos.

Sin embargo, decir tal cosa implicaría desconocer la particularidad de los diferentes movimientos y conflictos universitarios. Tampoco resolvemos el problema diciendo que todos esos conflictos son producto de la lucha de clases, porque a ese nivel de abstracción no estamos dando cuenta de ningún fenómeno histórico.

Hablar de América Latina en general presenta dificultades de otro carácter, dado que en el Continente hay una diversidad de formaciones sociales, con historias y articulaciones de clases y fracciones de clases diferentes. De ahí que hoy se cues-

tiona la validez de los análisis que pretenden abarcar toda la región. Sin embargo, hay tendencias comunes que permiten análisis globales a este nivel: en el de las tendencias, válidos para todas las formaciones sociales que aquí se encuentran.

Probablemente, hay países o regiones que mejor representan las tendencias generales de América Latina, ya que en casi todos hay dinámicas similares, en particular, en la articulación de la universidad con las otras instancias sociales.

### **Objetivos universitarios**

Se dice que la universidad está en crisis, cuando se hace un diagnóstico de ella, contrastándola con los objetivos que debe cumplir o con los objetivos que tradicionalmente se le atribuyen.

Los objetivos atribuidos a la universidad expresan la articulación esperada de ésta con la formación social en que existe y que ha sido, por lo demás, la manera como ésta efectivamente se ha insertado en la sociedad durante un largo periodo. En alguna medida, los movimientos reformistas de fines de la década del sesenta trataban de corregir todo lo que impidiera o dificultara esa forma de inserción, al menos en los planteamientos de los sectores hegemónicos de los movimientos de reforma.

Existen, además, en ese periodo planteamientos programáticos tendientes a reformular radicalmente la inserción tradicional de la universidad en el contexto social. Sin embargo, tales planteamientos raras veces hegemonizaron el movimiento estudiantil aliado a un sector de los docentes —que fueron los grupos más activos de los movimientos de reforma— y nunca pudieron implementarse.

Hoy día la crisis universitaria latinoamericana vuelve a estar a la orden del día, mostrando que las soluciones gestadas a fines de la década de los años sesenta no fueron tales, sino solamente arreglos parciales, mecanismos de ajuste. La crisis de hoy no es más que la prolongación de aquélla. El diagnóstico de ahora es similar al que se hacía entonces y las contradicciones que la originan son del mismo orden.

La crisis actual es ya perceptible en formaciones sociales como la Argentina y México, se mantiene latente en otras como Venezuela y Colombia, y reviste caracteres peculiares en sociedades como Chile o Brasil, donde las posibilidades de expresarse están reprimidas policialmente.

Los objetivos tradicionalmente atribuidos a la universidad son los de ser canal de movilidad social, formación de recursos humanos para el aparato productivo e instrumento de dominación. Durante un largo periodo, la universidad se articuló con la formación social correspondiente, cumpliendo estas funciones.

Los esfuerzos de análisis sobre la cuestión universitaria fueron orientados a detectar cómo esta institución cumplía con estos objetivos: si lo hacía bien o mal y cómo podía hacerlo mejor. Para lograr un dictamen adecuado en esta materia, se contrastaba, por ejemplo, la producción de la universidad en materia de recursos con las necesidades del aparato productivo o se estimaba la proporción de alumnos de origen pequeño burgués o proletario que accedían a un título universitario. Los análisis ideológicos sobre el contenido de las materias enseñadas en las aulas universitarias, apuntaban a develar el contenido oculto de las proposiciones que se hacían en la docencia.

Las conclusiones de los esfuerzos de investigación en los años sesenta fueron que la universidad no preparaba adecuadamente recursos humanos para el aparato productivo en vías de modernización, una vez avanzada la sustitución de

importaciones; no había un número proporcionalmente “justo” de egresados universitarios de las clases medias emergentes ni del proletariado, y los contenidos ideológicos que se impartían no estaban de acuerdo con la dinámica modernizante de la sociedad.

El movimiento reformista se propuso corregir estas desviaciones, impulsando las transformaciones que hubo en las universidades de América Latina a fines de la década del sesenta.

Hoy día, se advierten fenómenos similares en cuanto a la manera como la universidad cumple los objetivos que se le atribuyen, si bien con diferencias que es necesario destacar, dado que, formalmente, gran parte de las tendencias críticas del movimiento reformista fueron corregidas.

Si en la década del sesenta la universidad fallaba por defecto, hoy lo hace por exceso. La creación de universidades en la región en los últimos diez o quince años, el crecimiento considerable de los presupuestos universitarios, el aumento de profesores a tiempo completo, permitieron ampliar la matrícula universitaria en este periodo con un ritmo tal, que la población universitaria en algunos de los países de la región subió a más del doble en los últimos diez años. En casi todos los países latinoamericanos, la tasa de crecimiento de la matrícula universitaria ha sido igual o superior a la de la educación secundaria.

Este crecimiento fue posible por la distribución del ingreso que se hace en la región, que mejora las condiciones de vida de sectores asalariados de clase media, y por las modificaciones introducidas en el interior de las universidades

La producción de profesionales de los institutos de formación superior, después de algunos años de los procesos de reforma, supera con mucho las posibilidades de absorción de un aparato productivo que cada vez más, en la última década, viene utilizando tecnologías con una alta composición orgánica y que exporta una cuota importante de la plusvalía no destinada al consumo.

### **La masificación de la universidad**

La consecuencia inmediata de esto es que aunque el acceso a la universidad se haya ampliado notablemente, incorporando masivamente nuevos sectores sociales, ésta no es tampoco ahora un efectivo canal de movilidad social.

La masificación de la universidad, o al menos la ampliación notable de la matrícula, desvalorizan los títulos universitarios por una doble mecánica: se desvalorizan en términos de mercado (hay más oferta que demanda) y se desvalorizan porque su calidad es efectivamente inferior (una formación masiva no puede tener la calidad de la que se imparte en pequeños grupos).

La posibilidad real de movilidad social por medio de la educación está subordinada a la demanda de mano de obra que haga el aparato productivo. Hoy día, no todos los egresados de las universidades tienen acceso a empleos de acuerdo a su formación. Esto frustra sus expectativas profesionales de consumo y, cosa que en determinadas circunstancias puede ser grave, frustra sus expectativas de prestigio, porque el título universitario no es más un título cuya sola posesión entregue prestigio, en la medida en que el prestigio social consiste en la diferenciación.

Ahora bien, una gran cantidad de individuos de clase media de las últimas generaciones acceden a la universidad, sin que esto les permita automáticamente acceder a mejores posiciones económicas o a empleos que los diferencien en términos de consumo.

## Intereses de clase y universidad

Desde el punto de vista de los intereses de clase, los de la burguesía\* y pequeña burguesía son en una primera etapa coincidentes en una misma política universitaria. Para la primera, el desarrollo de las fuerzas productivas, vale decir, contar con una fuerza de trabajo calificada, era una necesidad, dadas las características tecnológicas del aparato productivo y las transformaciones que en éste se estaban produciendo. Para la pequeña burguesía, esto significaba la posibilidad de acceso a las carreras universitarias y por medio de ellas, al poder y al consumo. Al menos estas clases, vivían en el mejor de los mundos.

Los problemas se presentan cuando se supera la etapa de industrialización orientada al consumo interno y la producción de bienes intensivos de mano de obra, es decir, cuando la manufactura viene a ser reemplazada por la gran industria.

Esta última se caracteriza por emplear tecnologías con una alta intensidad de capital, lo que se refleja en el mercado del empleo en demandas reducidas de personal, pero con niveles de calificación con una alta especialización.

La universidad, con el esquema de ampliación progresiva de la matrícula, no puede satisfacer adecuadamente esa demanda, ni en calidad ni en cantidad.

En calidad, porque no puede orientar todos sus esfuerzos a satisfacer los niveles de especialidad que requiere el aparato productivo; si así lo hiciera, se generarían cuellos de botella más graves de los que se pueden percibir hoy día.

Tampoco la cantidad es adecuada, ya que el aparato productivo no puede emplear a todo el contingente egresado de la enseñanza universitaria. Este excedente de egresados universitarios es de tal volumen que rompe el equilibrio social, superando los márgenes de tolerancia del sistema.

Es posible que en los procesos de acumulación de las formaciones sociales capitalistas, un cierto volumen de mano de obra sobrante juegue un papel funcional, constituyendo un ejército de reserva y, en consecuencia, un factor interviniente en la determinación del salario.

Pero cuando ese excedente de mano de obra supera un cierto volumen, como es el caso de la mano de obra calificada de algunas profesiones en América Latina, se transforma en un factor de conflicto político.

La alianza de clases entre burguesía y pequeña burguesía, que generaron tal dinámica universitaria al subordinar a la alianza cualquier otro objetivo o funcionalidad de esta institución, se origina en el modelo político que acompaña los procesos de industrialización sustitutiva de importaciones.

La viabilidad del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones dependía de una serie de factores de los cuales, al menos dos, nos interesan particularmente. Uno es la obtención de la plusvalía y el otro, la fuerza política para imponer ese proyecto. En ambos juegan un papel importante los sectores medios que constituyen, en primer lugar, el mercado interno de la producción industrial y que, en segundo lugar, llegan a ser la masa electoral o de combate, que impone el proyecto burgués.

La alianza que efectiviza este proyecto supone que la pequeña burguesía habrá de sacrificar sus bases de poder económico: artesanado, comerciantes, pequeña

---

\* Cuando caracterizamos al grupo dominante como burguesía, no estamos desconociendo su vinculación con el capital extranjero. Para los efectos de este análisis, no es necesario hacer distinciones entre los intereses del imperialismo en las universidades y los de la burguesía nacional (si es que la hay), dado que coinciden cuando se intenta un esquema de modernización universitaria.

propiedad rural, etc., a cambio de una participación en el poder político en partidos que expresen esa alianza y nuevas formas de acceso al consumo.

Aquí juega un papel la universidad permitiendo a los sectores medios acceder al consumo por la vía del título universitario y ampliando además los contingentes de este grupo social. Este proceso de reubicación de la pequeña burguesía fue simultáneamente un proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, necesario, dadas las características que asumía el aparato productivo; sin embargo, la dinámica de la universidad se independizó muy rápidamente de las necesidades del aparato productivo, debido a que los egresados de la enseñanza universitaria no se incorporaron al sector servicios y, principalmente, a la burocracia estatal. Esto implicó que la antigua pequeña burguesía, ahora asalariados técnicos o profesionales, dejara en un volumen no despreciable de producir bienes para pasar a apropiarse plusvalía por medio del Estado.

### **Contradicciones de las alianzas**

Los intereses coincidentes en un inicio dejan de ser tales cuando se manifiestan las contradicciones de esa alianza. A fines de la década del sesenta, esas contradicciones alcanzan el ámbito universitario. Globalmente, se puede decir que en ese periodo la universidad estaba en manos de la pequeña burguesía y que la lucha que se dio en torno a la reforma universitaria tuvo como actor principal a distintos sectores de este grupo social.

El conflicto en ese momento se planteó como de democratización en la gestión universitaria, en el contenido de los programas, en los mecanismos de selección de profesores y alumnos, etc. Se resolvió en la práctica abriendo el acceso a la enseñanza superior, transformando los estrechos claustros en asambleas de representantes, modernizando la estructura universitaria en aquellos lugares donde la alianza entre burguesía y pequeña burguesía era aún el modelo político que se podía implementar, y reprimiendo el movimiento estudiantil y a los docentes “progresistas” donde la burguesía imponía un modelo político autoritario.

Sin embargo, cualquiera que haya sido la respuesta política de los grupos dominantes, la universidad asume ciertas pautas de desarrollo comunes en toda la región, que buscan una estabilización de la alianza de clases que sustentan los Estados de América Latina.

Aun en Estados autoritarios se advierte una ampliación de la matrícula, una adaptación de la docencia e investigación a objetivos de desarrollo, una mayor permeabilidad a los problemas de las respectivas realidades nacionales; es decir, una “democratización” hacia afuera. Cuando se da una respuesta no autoritaria, a lo anterior se suma una “democratización” hacia adentro; es decir, la creación de organismos colegiados de dirección, la participación estudiantil en la elección de autoridades y administración, etcétera.

En todo caso, en ninguno de los dos modelos se logró una transformación radical de la universidad.

Las consecuencias del peso relativo de la pequeña burguesía en la universidad y las consiguientes concesiones de la burguesía en este ámbito tienen efectos que explicitan las contradicciones entre las dos clases.

En primer lugar, la radicalización de los sectores universitarios, cuya intervención en la política nacional es significativa cuando actúan aliados a un movimiento de masas que cuestiona, de alguna manera, el sistema de dominación. La politización universitaria tiene otras facetas contradictorias con la utilización que la burguesía quiere hacer de la universidad. El cuestionamiento desde la universidad y las consiguientes movilizaciones políticas tienen objetivos externos —como los que cuestionan el sistema de dominación— y, principalmente, objetivos internos.

La formación profesional es particularmente afectada por los procesos políticos universitarios, ya que como resultado aparecen en casi todos los *currícula* materiales que intentan dar cuenta de la “realidad nacional” o regional latinoamericana —que en la mayor parte de los casos caracteriza a América Latina como formación social dependiente— y que cuestionan el sistema de dominación.

Todas éstas son expresiones, efectos de una lucha política en el interior de la universidad, en la que los sectores más críticos del sistema van progresivamente ganando posiciones, fruto de las contradicciones de un esquema de alianza de clases.

La expresión más concreta de los límites de ese esquema es la hiperproducción de mano de obra calificada, que amenaza con el fantasma de la cesantía profesional a todos los estudiantes universitarios.

La pequeña burguesía se encuentra en un callejón sin salida: por motivos ideológicos en el nivel de la conciencia y por aspiraciones de movilidad social en el nivel de los intereses de clases, pugna por imponer el esquema que estamos describiendo. Sin embargo, esta política es contradictoria con sus aspiraciones de consumo y de poder en la medida en que el aparato productivo no puede absorberlos, y más aún con el tipo de formación profesional que tienen estos egresados, como consecuencia de la modificación de planes y programas de estudio.

### **Intentos de solución**

También resulta contradictoria esta política con los intereses que la burguesía tiene en la universidad, si bien ésta puede adoptar políticas más flexibles impulsando una división funcional del trabajo en los medios educativos. En lo que se refiere al desarrollo de las fuerzas productivas, las desplaza hacia afuera del sistema de educación regular, tanto a nivel superior como a nivel medio. El crecimiento de los sistemas de educación extra-escolar en América Latina, al margen y/o como continuación de la formación escolar profesional, forma parte del mismo fenómeno.

Para la formación superior ocurre algo similar con los cursos de formación ofrecidos por las empresas y los seminarios de formación permanente, completamente funcionales con la tecnología productiva y administrativa de las unidades de producción o de servicios. Esto les permite además ejercer directamente la selección, cosa que empezaba a ser difícil en una universidad con expansión de la matrícula y deterioro de las exigencias.

En esta forma, los egresados universitarios son ahora sólo candidatos a la formación profesional real y constituyen un numeroso ejército de reserva. Para poder incorporarse al trabajo productivo a este nivel técnico y profesional, no basta ya con haber recibido formación universitaria; es necesario además un complemento de formación dado por las empresas o adquirido en el trabajo mismo; de ahí la importancia que tiene la experiencia profesional como requisito de todos los ofrecimientos de empleo a ese nivel.

Otra forma de resolver el problema de las fuerzas productivas o de “recursos humanos de alto nivel” es el posgrado. La aparición y multiplicación de los posgrados en las más diversas disciplinas es un fenómeno notable en América Latina en los últimos años. La especificidad de esos cursos: “Ingeniería del Petróleo”, “Administración de Empresas”, “Tecnología de Información”, “Seguridad Industrial”, “Planificación de Transportes”, etc., resuelve demandas específicas del aparato productivo que la universidad en los cursos de pregrado no aborda, no por incapacidad o desconocimiento de las materias de parte de los profesores, sino porque la demanda por tales profesionales es limitada y porque la tecnología educativa de este tipo de formación excluye los cursos masivos que son la característica de los cursos universitarios regulares.

Pero no se trata de un puro problema técnico; hay fundamentalmente una situación política que impide masificar la formación especializada.

Los posgrados, en casi todas las disciplinas, tienen una estructura administrativa con un alto grado de autonomía de la administración central; por ello pueden permanecer al margen de la lucha política universitaria. En cierta medida, los programas de posgrado constituyen campos cerrados cuya única preocupación es la formación profesional eficiente. A este nivel no surgen conflictos entre profesores y alumnos, ni entre el programa y los sectores externos a la universidad.

El posgrado es sin duda la mejor solución para la burguesía, en la medida en que así puede desplazar los costos de producción de la fuerza de trabajo hacia organismos públicos que la asuman. Además, dado el grado de especialización de los cursos de posgrado, la relación constante con las unidades productivas es una necesidad funcional de estos programas de formación profesional.

La última solución de este orden es la fundación de universidades privadas que han proliferado en América Latina, las que además de proporcionar fuerza de trabajo calificada cumplen funciones ideológicas que las universidades oficiales no tienen.

Aun cuando la burguesía coloque la formación profesional fuera del sistema de educación o busque implementar políticas en ese sentido, en el interior de la universidad, prescindiendo de su aliada, la pequeña burguesía, no prescinde de ésta cuando se trata de acumular fuerzas contra el proletariado o los sectores populares. Esto ocurre en coyunturas de gran polarización, como sucedió en Chile en 1972-78, en Argentina en 1955 o en Cuba en 1962.

Tal estrategia está articulada en torno a consignas ideológicas caras a la pequeña burguesía, a las cuales se suman otros sectores y organizaciones de este grupo social como son, por ejemplo, los gremios profesionales y los partidos de la pequeña burguesía.

En estas circunstancias, vuelven a aparecer discursos ideológicos que parecían superados; de neto contenido liberal, que intentan recuperar el elitismo como una peculiaridad esencial a la vida académica, lo que naturalmente está en contradicción con toda la política de "democratización" y modernización que estos grupos venían sustentando en la universidad.

Si no es posible articular una estrategia universitaria que subordine los sectores medios a los grupos dominantes en las coyunturas críticas, queda la salida autoritaria: la intervención a la universidad.

El esquema de alianzas no es viable para la universidad, aunque sí lo sea en otros sectores de la vida social, cuando las contradicciones entre burguesía y pequeña burguesía han alcanzado un grado extremo. Es decir, cuando las tendencias del progreso de acumulación, concretamente cuando los salarios de técnicos y profesionales se deprimen a niveles que se acercan a los de los obreros calificados, o cuando el aparato estatal ya no puede transferir excedentes hacia esos sectores por la vía del empleo burocrático.

## **Universidad y sectores medios**

La universidad aparece como un proyecto político para instrumentalizar las aspiraciones de los sectores medios. El proyecto político universitario y la instrumentalización que pueda hacerse de ella están referidos necesariamente a la base social de la universidad. Esto es válido no sólo en el caso de la reacción universitaria contra los grupos dominantes, cuando se deteriora la situación real de los sectores medios, sino también cuando se producen procesos de transformación social de alguna profundidad.

La ampliación de la matrícula universitaria, más que un proceso de democratización, ha sido uno de ampliación y consolidación de los sectores medios.

Este proyecto social, que es la universidad, tiene expresiones peculiares que aparentemente reproducen elementos de la vida social y política del país, como son los consejos universitarios que remedan los parlamentos, como es la representación partidaria de los actores de la política universitaria o como es la identificación de políticas universitarias con intereses a nivel nacional.

Sin embargo, este juego político sólo es significativo cuando las tensiones sociales a nivel nacional se han agudizado y la universidad como tal asume un papel político, identificándose y definiéndose explícitamente por intereses globales y movimientos sociales reales. Esto no quiere decir que en esas circunstancias no siga habiendo lucha o juego político en el interior de las universidades, o que para que éstas asuman su papel deba producirse unanimidad de pareceres en torno a intereses comunes; sino más bien que esas coyunturas llevan a definiciones, ya mayor parte de las veces tendenciales, pero no por ello menos significativas.

### **Producción intelectual y militancia**

El juego político universitario se articula en torno al poder en los Consejos, Departamentos, Decanatos, Centros de Alumnos, Cátedras, etc., que demandan gran parte de las energías de los actores de ese juego para elaborar esquemas de correlaciones de fuerzas, alianzas tácticas, etc. Lo que lleva rápidamente —cuando se tiene el poder de decidir o la posibilidad de opinar— a confundir niveles reemplazando la competencia profesional por la correlación de fuerzas o a constituir en criterio de verdad de una proposición la adscripción política del que la emite.

En los últimos años un sector universitario más o menos grande, que podemos caracterizar como grupos “progresistas”, buscan el poder para comprometer los institutos de formación superior con movimientos políticos de transformación social. En la base de estas posiciones está mucho más presente el cuestionamiento de la autonomía del intelectual que la proposición de un proyecto en el que la universidad como institución tenga un papel preciso. Esto nos lleva a buscar una identificación con el proletariado o con el pueblo, visualizados —según sea la ideología— como los protagonistas de los cambios sociales, identificación que se resuelve por medio de la adscripción a un partido o movimiento que supuestamente represente a los sectores populares.

Esto produce generalmente una relación ambigua entre la función propiamente intelectual y la actividad militante, en la medida en que las proposiciones emitidas por el intelectual así comprometido tendrán o deberán tener un carácter apologético. La otra consecuencia es que toda la actividad académica queda supeditada al juego político universitario, exacerbado por la misma forma de comprometerse de los intelectuales. Con esto no estoy postulando el descompromiso del intelectual, sino señalando algunos de los problemas que presenta esta forma de concebir la lucha por el poder en la universidad.

Además, lo que parece más grave y es la causa de estos problemas, ya sea por inexperiencia o por una errónea concepción de las organizaciones políticas de lo que es un partido, ya sea por la incapacidad del intelectual para encontrar su papel específico en la lucha por el poder en la sociedad, ya sea por ambas razones, los partidos o movimientos no definen una tarea política propiamente intelectual; tampoco asumen los análisis sobre la realidad producidos por los intelectuales, ni menos los rebaten cuando son incorrectos en el plano ideológico. Todo ello es un obstáculo para quebrar las barreras para una transformación cualitativa de la universidad.

Sin embargo, aun cuando éstas fueran las características dominantes de una forma de compromiso universitario, existen otras que, condicionadas por un mismo contexto, muestran una dinámica diferente. Son aquellas que conservando su especificidad intelectual intentan dar cuenta de los procesos sociales. Desde esta perspectiva es buscado el poder en la universidad para crear un espacio donde el planteo de esos problemas sea posible. Esto implica rechazar el intento de diluir el trabajo intelectual en una lucha política por el poder en las instituciones de la cultura.

Detrás de una y otra manera de accionar en el interior de la universidad, hay diferentes concepciones, conscientes o inconscientes, del papel de las instituciones para apoyar las transformaciones del sistema. Casi siempre se concibe la universidad como una institución cuya inserción en los procesos de cambio se consigue con el control jurídico y político de ella: basta con tener decanos, profesores y alumnos identificados con el pueblo o el proletariado para que la universidad esté sirviendo a esos sectores, sin que eso implique transformaciones más radicales que la incorporación de algunos de esos sectores, declaraciones de apoyo o "izquierdización" de los programas de estudio. Tampoco implica esto un cuestionamiento radical de la universidad y del papel que ésta efectivamente juega en las formaciones sociales latinoamericanas.

Las reivindicaciones políticas articuladas desde la universidad atañen, generalmente, a intereses propios de la pequeña burguesía, aun cuando ésta se auto-proclame proletaria o popular. Así, la autonomía, la libertad de cátedra o la participación en la gestión universitaria, son los intereses propios de esta clase en los medios académicos. Esto no impide que estas reivindicaciones, en determinadas coyunturas, tengan connotaciones que trascienden los intereses de la clase que las sustenta, en particular cuando se dan dentro de una lucha contra un Estado represivo y cuando las contradicciones entre burguesía y pequeña burguesía cancelan la viabilidad de esta alianza.

La fisonomía actual de las universidades de la región y las tendencias que en ellas se puede advertir: pérdida de autonomía, intervención estatal y represión del pensamiento crítico, hacen pensar que el esquema universitario que se implementó a partir del movimiento reformista deja de ser viable en América Latina, a menos que existan condiciones económicas y sociales que hagan posible reeditar la alianza que sustenta la universidad reformada.

La diversidad de situaciones en las formaciones sociales latinoamericanas hace difícil hacer un diagnóstico válido para todas ellas. Sin embargo, las posibilidades de desarrollo y la orientación de las universidades estarán limitadas por la capacidad de intervención de las distintas clases en las instituciones académicas. La inviabilidad de esquemas de alianzas de clases vigentes hasta ahora en la región lleva a pensar que la universidad avanza a una definición simultáneamente con las definiciones políticas entre socialismo y fascismo, que se han producido o se están produciendo en el Continente.

No cabe duda que las experiencias políticas recientes de Chile y Uruguay y la anterior de Brasil avalan este diagnóstico. Sin embargo, la dinámica política de otras formaciones sociales en América Latina, que parecen estar lejos de definiciones de este orden, dejan planteado el problema del carácter que en ellas asumirá la universidad. La cuestión ahí es si la dinámica interna de las universidades escapará a los dos márgenes permitidos por las alianzas de clases vigentes, obligando al Estado a una intervención como ocurrió en Venezuela algunos años atrás, en México más recientemente o en Argentina hoy día, sin que esto haya significado o que en el futuro signifique necesariamente una definición política de socialismo o fascismo.

El destino de las universidades afectará las posibilidades de un desarrollo científico en la región, particularmente en el ámbito de las ciencias o disciplinas que

habían asumido posiciones críticas, en especial las ciencias sociales, de la salud, vivienda, etc. Los avances del Estado tecnocrático y su intervención creciente en la cultura hacen difícil tener un espacio institucional para un trabajo intelectual que cuestione el sistema de dominación.

La falta de solidaridad interna de los intelectuales vinculados a las instituciones oficiales de la cultura: universidades, medios de comunicación, etc., se suma a los efectos del Estado autoritario para impedir el desarrollo de la ciencia comprometida con la realidad latinoamericana. Más efectiva que la censura o represión de los órganos de poder son las prácticas de autocensura y la represión indirecta de los intelectuales aun no alcanzados por la acción del aparato de dominación.

### **Producción científica en América Latina**

Frente a esta situación se plantea con urgencia la necesidad de buscar alternativas a la universidad para salvar la producción científica y, lo que es más importante, la posibilidad misma de un trabajo intelectual con algún grado de libertad y autonomía de las orientaciones del Estado autoritario. Ello será posible renunciando a algunas de las condiciones habituales del trabajo intelectual; es decir, será necesario concebir esta actividad de una manera radicalmente diferente de la que ha sido la norma hasta ahora.

Las universidades quedarán para apoyar los proyectos del Estado tecnocrático y autoritario. La crítica, el cuestionamiento y la contribución intelectual a la elaboración de alternativas, tendrán que asumir un carácter marcado por la vocación de los que a ello se consagran. Habrá que descartar la aspiración a un trabajo intelectual profesional burocrático a cuya imagen nos estaban acostumbrando el desarrollo y la dinámica universitaria de la última década.

Dado que esta condición no puede ser mantenida para quienes cuestionan el sistema, el problema de la búsqueda de alternativas para el trabajo intelectual debe tener en cuenta esa limitación básica.

En otras palabras, se trata de resolver el problema de la inserción del intelectual en la sociedad, desde la cual pueda negarla. Resolver esto implica revisar las modalidades hasta hoy vigentes para el trabajo intelectual. En la última década se venían haciendo con mayor o menor fortuna en casi todas las formaciones sociales latinoamericanas, incluida la universidad donde se estructuraron equipos que asumieron colectivamente un proyecto intelectual. Éste consistía en la elaboración de alternativas de interpretación y de política para América Latina, a partir de la investigación de los problemas cruciales de estas formaciones sociales. Trabajo colectivo, un cierto grado de libertad para definir problemáticas, bajo el alero de la universidad, eran las características de la elaboración intelectual en las sociedades latinoamericanas donde la pequeña burguesía es un esquema de alianzas que le entregaba el control universitario.

Las posibilidades de esas modalidades de trabajo intelectual se estrechan, cerrándose además sus formas de expresión.

No se trata sólo de salvar una modalidad de trabajo y de buscar manera de expresarla, sino de definir los cauces de inserción del intelectual en la problemática de la región, lo que implica definir el conjunto de reglas que normen su actividad. Si la vía de inserción burocrático-profesional o burocrático-universitaria está cerrada, y con ella desaparecen las únicas, aunque muy imperfectas, formas de control social que existían —como eran las que generaba el medio estudiantil y a veces las de otros sectores sociales como los partidos y movimientos políticos—, se hace necesario buscar referencias que orienten el trabajo intelectual.

## Replanteos y conclusión

Mientras la universidad es un proyecto político estructurado en torno a la alianza de la burguesía con la pequeña burguesía y en ella existe un cierto grado de libertad, la inserción del intelectual está normada por su capacidad de cuestionar la sociedad y tiene cauces definidos por la práctica universitaria misma. Hoy eso ya no es posible en la mayoría de las formaciones sociales latinoamericanas. Una vez que la universidad no es más el terreno donde se desarrolla la ciencia comprometida con el cambio, se altera la relación entre el pensamiento crítico y las condiciones materiales que lo hacen posible.

Las normas del trabajo intelectual estarán en gran medida supeditadas a las condiciones materiales que se creen para sustentarlo y al carácter del compromiso que asuman los intelectuales.

La forma concreta de desarrollar el pensamiento crítico se encuentra en una gama de posibilidades que va desde el exilio hasta el trabajo en grupo o individual inserto en las reglas del juego capitalista de trabajo técnico-intelectual. En caso de escoger la permanencia en la región, el camino que se adopte sólo será posible tomando decisiones que explícitamente supongan acuerdos con los grupos dominantes o al menos respeto formal a las reglas por ellos impuestas, aunque implícitamente se esté tratando de ahondar las grietas del sistema para contribuir a su resquebrajamiento. En otras palabras, se trata de replantear la inserción del intelectual en las estructuras o modalidades de trabajo existentes, cuando la universidad ya no ofrece espacio para ello, pero siempre enraizado en el sistema.

No es necesario llamar la atención hacia la precariedad de cualquier solución que se implemente en este sentido, dado que en sociedades donde la burguesía impulsa formas autoritarias de Estado, no es posible sustentar el trabajo intelectual en alianzas de clases más amplias, como lo es en el caso de los Estados de corte democrático-liberal. Las limitaciones de este esquema son, además, evidentes: la expresión de los resultados del trabajo, la dedicación a la elaboración de alternativas y conocimiento de la realidad, están obstaculizadas por necesidades más inmediatas y por las distintas formas de represión.

Sin embargo, aun así, es necesario intentar este camino, porque sólo la permanencia en la región asegura una inserción real en la problemática concreta que en ella se está generando y particularmente en la especificidad de los fenómenos que en ella ocurren.

Las condiciones del trabajo intelectual en estas circunstancias determinan sus características y el marco de referencia material. Sin embargo, no dan respuesta a cuáles son las pautas que lo norman, dado que éstas no son más las de la universidad democrática, ni pueden ser tampoco establecidas por la mediación que supuesta o realmente hacen los partidos políticos entre sectores sociales y los intelectuales. En lo que atañe a los partidos, o no existen o son sólo expresiones superestructurales o no tienen una política para los intelectuales que vaya más allá de su utilización en información, denuncias o propaganda. Menos aún puede estar normando el pensamiento crítico latinoamericano, sus modalidades concretas de inserción, el planteo de problemáticas, el control de la investigación, por pautas emanadas de sectores o grupos que permanecen como espectadores de los fenómenos sociales o que tienen formas de inserción muy mediatizadas.

Sin embargo, la tarea intelectual no puede autonomizarse de las problemáticas y movimientos sociales a riesgo de perder eficacia, oportunidad y sentido. Tampoco puede autonomizarse de la tradición de trabajo intelectual generada en la región, o fuera de ella, que pueda ser asumida para dar cuenta de los fenómenos, tal como ellos específicamente aparecen en América Latina.

La definición de estos problemas sólo encontrará un cauce adecuado si se respeta la especificidad de los fenómenos en la región y la especificidad del trabajo intelectual, lo que implica redefinir, en estas circunstancias, la relación del intelectual con los partidos políticos, con los sectores involucrados en la dinámica social y más específicamente, la inserción del intelectual en la lucha política. Problema que está planteado y para el cual es necesario encontrar la fórmula adecuada. Éste es, probablemente, el primer desafío en el tiempo que debe afrontar el intelectual inserto en los Estados autoritarios latinoamericanos para aprovechar los resquicios del sistema a fin de poner una cuña que contribuya a su derrumbe.